El origen de las velas

Traducción: Mónica del Valle

Al principio, el cielo y la tierra estaban muy, muy cerca. De día el sol bañaba la tierra; de noche, la bañaban la luna y las estrellas. La tierra no sabía de tinieblas y los hombres nunca se alumbraban, porque les bastaba con el brillo de las estrellas.

Al principio, había una mujer alta. Cuando se sentaba a lavar a la orilla del río, su cabeza sobrepasaba las nubes y su mirada abarcaba todo el horizonte.

Una mañana soleada, hacía mucho viento. ¡Era el tiempo perfecto para elevar cometas! La mujer estaba voluble y las nubes también. Con la punta de su escoba, la mujer se entretiene con las nubes, las hace bailar, virar y voltear, ponerse panza abajo. Y las nubes contraatacan: le invaden los tímpanos, le dejan el pelo lanoso, le empañan la vista, le ensombrecen el humor.

—¡Rrrrrrr!, ¡aj!, brrrrr!, rechista.

Pero las nubes insisten y la persiguen, la hacen estornudar, toser y lagrimear. La mujer alta las amenaza con su escoba: ya no quiere jugar más. ¡Pero como si nada! Las nubes atacan en filas algodonosas, la arropan, la envuelven en copos irritantes y cosquilleadores, la encapuchan, la ciegan y la aprisionan.
La mujer grande que no sabe de prisiones ni de tinieblas, sacude su escoba y pega, pega y pega. Le pega a las nubes, que quedan viendo treinta y seis velas, y se vuelan arrastrando consigo el cielo y sus habitantes, Dios, los ángeles y los santos, los planetas y las estrellas en un torbellino formidable. Lakataw *dice itó! ¡Estalla el relámpago! ¡Tó! ¡*Lakataw Tó*! ¡Es un huracán! Muertos de miedo, los planetas, las estrellas, el cielo, Dios, los ángeles, los santos y las nubes corren a refugiarse lejos, lejos en el espacio.*
De golpe la tierra queda bañada de tinieblas y sus noches quedan para siempre privadas de estrellas, de luna y de esperanza. La mujer alta se arrepiente de su rabia. Saca de su despensa una bola de cebo, una trenza de algodón, y hace una vela. La prende con un rayo que atrapa con una mano. Después, se viste de blanco, con un velo largo transparente, y se sienta sosteniendo entre sus manos, bajo el velo, la vela encendida. Los hombres se acercan, la cargan y la pasean de casa en casa. Ella, la mujer de la vela, ilumina cada casa y celebra cantando la fiesta de la luz:
¡Yo alumbro, si, yo alumbro! ¡Esta es mi oración!
¡Yo invoco a los loas! ¡Dónde están?!
¡Como es de linda Guinea!

Liminen m ape liminen ! Lapriye o !
Liminen m ape liminen lwa yo ! Kote ou ye !
Lwazawow ki kote ou ye ! Adye m renmen
Lwazawow woy ! M ap rele woy ! Mwen di Lwazawou !
Lan Ginen sa bel o ! Mwen di Lwazawou !

¡Y así fue como los hombres inventaron velas!

(Cuento de la tradición oral haitiana, adaptado por Mimi Barthélémy).
Contes diaboliques d'Haïti. *Mimi Bartlélémy. Éditions Karthala, París, 1995.*

Un día el torrente del mercantilismo anegó a la humanidad, y los Juanes, Pepes y Pedros de la vida comercial comenzaron a actuar como si fuesen los ejecutores de la voluntad divina, y se puso de moda pegar retratos de tales individuos en las esquinas de las calles.
Karl Kraus